

Heredera de las ruinas

Lucas Daniel Simons

Image not found.

Capítulo 1

"Reina de las llamas.

Soberana de las cenizas.

Heredera de las ruinas.

¡Arrodíllate ante ella! "

-La Heredera de las Ruinas - Por Sauco, el bardo.

"Nuestra historia comienza en el año 1414, aproximadamente en la misma época en la que vuestro servidor se encontraba habilitado para ejercer la profesión de Bardo y artista itinerante.

Debo decir que fue esta una época funesta, llena de desdicha, guerra y muerte.

Lo más gracioso de todo, es que, huyendo de la guerra que asolaba las tierras de Retvania y de una segura sentencia de muerte, me encontré vagando por las fronteras de Persimon, más allá de los montes de Itfalland. Y adivinad: el reino de Persimon, se encontraba al borde de una guerra territorial con el país vecino de Andrade. ¡Que ironía!

Durante casi quinientos años, Andrade y Persimon se han declarado la guerra, han firmado tratados de paz, han reconvenido pactos comerciales, modificado sus fronteras, se han invadido mutuamente y así sucesivamente. Lo cual, hasta el día de la fecha continúa ocurriendo.

Fue así que tracé mis rumbos entre las fronteras de los tres países, y llegué a conocer una historia de la cuál quiero hablarles ahora.

Se trata de la leyenda de Lucille Ban Ard, la Heredera de las Ruinas.

Lucille Ban Ard, la última de la estirpe de Farahand, de la casa de Artaud, el antiguo reino.

Artaud, el reino que antaño fue la cuna de la civilización en nuestro continente. Farahad Ban Ard lo fundó al arribar desde más allá del Mar de Hielo, y sobrevivió casi un milenio y medio. Durante todos esos años, los

herederos de la casta de Ban Ard se encargaron de preservar viva una extraña tradición: la del "invictus est rex", es decir, "el vencedor será el rey". También conocida como "El Rey Invencible".

En dicha tradición, que se celebra cada década y media, todos los herederos de la casa regente compiten contra ellos mismos y contra cualesquiera que osen retarlos a un combate a muerte, hasta que solo uno de ellos queda, y, que en consecuencia, resulta coronado como el nuevo Regente. Si el regente actual desea mantener su corona, debe defender el título cada quince años, lo cual resulta en una interesante seguidilla de ascensiones y, por supuesto, caídas de monarcas.

Habiendo explicado de que se trata, permíteme, querido lector, hacer una retrospectiva. Nos remontaremos al año 1400, y al nonagésimo tercer "Invictus" celebrado en Artaud. Noventa y tres generaciones de regentes habían pasado, y la línea familiar de Ban Ard se había mantenido como regente, sin ser jamás derrotada. Y no fue esta la excepción. Solo que nunca, jamás, en catorce siglos de tradición, hubo un combate tan cruento y despiadado. Muertes, degollamientos, rendiciones, en fin, una escabechina de aquellas.

Resultó que a pesar de todo, si hubo un vencedor. Más bien, una vencedora: Lucille Ban Ard, hija de Finnis Ban Ard, el antiguo regente. Con quince años de edad, la joven hija del Rey de Artaud, se convirtió en Princesa Regente, el título que estaba reservado para las mujeres que resultaran victoriosas, y que, solo en cuatro ocasiones anteriores, habían logrado ocupar el cargo.

Como dicta la tradición, si el regente es derrotado, este puede optar por rendirse y entregar la corona, o bien, morir con honor en combate singular.

Fue este último caso, dado que Finnis Ban Ard era un hombre honorable, y un guerrero digno de portar el estandarte de la familia de la noble casa de Artaud. Así que Lucille, se vio obligada a combatir a muerte contra su propio padre, y, para sorpresa de todos, resulto victoriosa.

La coronaron entre sangre y lágrimas. Forjada por el dolor, y por siglos de tradición. Entrenada por su padre para una sola cosa: vencer. Así comenzó la historia de Lucille Ban Ard, la última Princesa de Artaud.

La llamada Heredera de las Ruinas."

PRIMERA PARTE: TEMPESTAD

I

"Conocí a Lucille Ban Ard, en un campo de batalla.

¿Cómo podía ser de otra manera?"

-Fenris Viel, Condotiero

Era una bella tarde de verano, calurosa y húmeda, pero bella. Caminaba hacia Ghest, un pueblucho olvidado en el confín de la frontera nor-occidental de Persimon. Justo al otro lado del pueblo, pasaba uno de los afluentes del Río Latente, que hacía de frontera natural con el antiguo reino de Artaud, hoy en ruinas.

El Latente viene del Norte del continente, de las tierras de Andrade, y tiene su origen en un lago gigantesco, en medio de un paraje semi-desértico. Dícese que, en realidad, su origen proviene de las corrientes subterráneas de unos ríos prehistóricos, y por ello, si se es amante de la pesca exótica, puede uno encontrar ejemplares de un mítico pez llamado Caravacho, un fósil viviente, que precisamente en verano se encuentra en medio de su ciclo migratorio hacia el océano. Se dice además, que aquel que lo pesca adquiere buena fortuna durante el resto de su vida. Pero, al ser este un pez que ha sobrevivido desde tiempos inmemorables, resulta de lo más artero y escurridizo.

Dada mi situación por aquella época, y siendo amante de la pesca deportiva, me disponía yo a "echar la suerte al río", como dice el viejo dicho. "Quizá – palpitaba en mi fuero interno – mi suerte cambie al atrapar al susodicho pez". No podía estar más equivocado.

Para empezar, nunca llegué a Ghest. Nunca llegué al afluente del Latente, y mucho menos, nunca llegué a echar la caña. Y de hecho, tuve que arrojar la caña a un costado, junto con gran parte de mis enseres. Esto fue lo que ocurrió: en el preciso momento en que me encontraba en la encrucijada que lleva hacia Ghest, pasó a todo galope un contingente de hombres armados y me cortó el paso.

De no haber estado atento, como siempre, hubiera resultado muerto en el instante, arrollado por los poderosos corceles bélicos, los cuales eran montados por hombres armados con picas, lanzas y partisanas. Es decir: una compañía de lanceros. Guardias de caballería fronteriza de la Real Armada de Persimon.

Habiendo pasado el último de ellos, me levanté de la zahúrda a la vera del camino, pensando que me había librado por los pelos de ser interrogado por la soldadesca. Pensé mal.

-¡Alto ahí, bellaco! – rugió una poderosa voz detrás de mi oreja.

Recuerdo que atiné a dar la vuelta y sonreír. Tanteé con la mano mi laúd, e intenté descolgarlo de mi hombro para mostrarle al soldado que era un músico. Grave error. No sé si fue la luz mortecina del atardecer, la mala visión del lancero, mi exceso de teatralidad en los movimientos propios de un artista itinerante. O quizá fue la sumatoria de esos factores. Pero lo cierto, es que de repente, sentí un golpazo al costado derecho de mi nuca y luego, la oscuridad total.

Desperté horas después, en una celda embarrada y apestosa. Por supuesto, descalzo, sin pantalones ni camisa. Ni rastros de mi laúd, ni de mis enseres. Ya era el quinto laúd que perdía esa temporada. Me pasaba el tiempo improvisando "a Capela", en cada ocasión que pasaba por un poblado, solo para reunir el dinero para comprar un nuevo instrumento. Luego de adquirirlo, acababa por perderlo en una de estas "circunstancias de la vida" que el filósofo Mescartes suele denominar como: "intervención de un ente maligno".

No sé a que Deidad habría ofendido esta vez, pero, ya era la quinta vez que perdía mi laúd y mi primer pensamiento, luego de sufrir una punzada de dolor al tantear mi golpeado cráneo, fue acerca de abandonar la profesión y dedicarme a la escritura. Como verán, a fin de cuentas, resulto por ser mi primer pensamiento inteligente en muchos, muchos años. Y hasta el día de hoy no me arrepiento de dicha decisión. Solamente que, esta oportunidad de ser un escriba, se me presentó muchos años después, y, por supuesto, luego de haber perdido otros cinco laúdes en otras tantas circunstancias no tan agradables.

-Despertase usted, canalla – me dijo el guardia al verme – Sopa beberás – fue más una orden que una oferta – Y luego a ver al Comisario de Turno, que ha de pasar revista.

-¿Pasar revista? – fue lo que atiné a preguntar, antes de que el guardia desapareciera, no sin antes deslizar bajo la puerta de la celda, un cazo hecho de barro, que contenía un caldo grisáceo, que era en proporciones exactas , asqueroso y aguado a la vez.

Más allá de mi disgusto, me lo bebí de un trago y sin rechistar, no sabía cuánto tiempo llevaba sin ingerir líquido y eso en ocasiones, resulta fatal. Por supuesto que devolví casi de inmediato, con lo cual, comprobé en carne propia la veracidad de los rumores que hablan de la mala comida en las cárceles.

En virtud de no desviarnos más del tema, iré al grano. Me llevaron luego de aquel incidente con la sopa hacia el Comisario de Turno. Debo decir que me sorprendió encontrarme cara a cara con un niño vestido de soldado, con cota de malla y tabardo de la Armada. No tendría ni catorce

años el mozalbete, pero su mirada denotaba el asco que sentía por todo lo extranjero y sus ojos claros centelleaban como cuchillos afilados. Pronto descubrí, que todos los hijos de la nobleza, por decreto Real, al cumplir la edad de doce años, son llevados a la academia militar y entrenados para convertirse en operantes de oficio, en este caso, un oficial de la ley. Ya me imaginaba yo cuál sería mi sentencia.

-Culpable – dictaminó el mozalbete de pelo pajoso – Al cadalso.

-¡Esperad, mi señor! – recurrí en la desesperación a mis dotes teatrales - ¡Es el año de la Misericordia, según dictan las tradiciones de Persimon, exijo clemencia!

-¿Año de la misericordia? ¿Qué es eso? – preguntaron casi al unísono el oficial adolescente y los guardias que me acompañaban.

-¿No lo sabéis? Ocurre cada cinco años, conmemorando el sacrificio del noble Fernando de Montablanc, caballero andante del brillante reino de Persimon, el que fuera fundador de la Orden Blanca, que luego se convertiría en la Armada de Persimon y ...

-Ya, ya, ya – me cortó el mozo – Por supuesto que sabemos la historia de nuestra Armada – mintió, inflando el pecho para disimular el rubor en sus mejillas – Clemencia pues, tendrás prisionero. Se te condena a trabajar a reglamento por el término de veinte años.

-¿Veinte años? – exclamé sorprendido.

-¿Preferís acaso la horca? – su mirada era gélida, tajante.

-No, mi señor – me incliné todo lo que alcanzaba a inclinarme –Gracias mil, por vuestra misericordia.

-Llévenselo.

Me arrastraron sin dudarlos hacia un vagón de prisioneros. Una jaula apestosa llena de harapientos pordioseros. Los guardias me arrojaron hacia el interior y atrancaron la puerta. En mi fuero interno rezaba por que el mozalbete no estuviera ahora mismo revisando el reglamento de la Armada y descubriera que el año de la Misericordia no era más que un invento mío. Pero finalmente, el carro arrancó y mi viaje hacia una vida de trabajos forzados comenzó.

Años después, cuando visitaba la Academia militar de la Armada, descubrí que "El año de la Misericordia" se había extendido popularmente y había sido añadido a los anales oficiales de la armada. Cosa realmente sorprendente, como gustó aquella invención a los oficiales superiores, tanto que pugnaron por conservarla como original. Eso hablaba del deseo

latente de aquellos hombres por evitar tener que tomar la decisión de condenar a muerte a gente inocente. ¡Cuánta nobleza! Aunque en realidad, a razones no tan evidentes, se trataba más bien, de una forma de excusa para generar trabajadores esclavizados.

Volviendo a la actualidad. Los otros prisioneros eran más bien, exiliados y pobres campesinos que nada tenían que ver con el conflicto bélico entre Andrade y Persimon. Pero como siempre, las guerras son estúpidas, y producen víctimas. Noté que no había ni mujeres, ni niñas entre los prisioneros, solo hombres, viejos y niños de miradas vidriosas. Algunos de aspecto verdaderamente criminal, pero en su mayoría, eran labriegos esclavizados por la Armada en su afán de defender las fronteras. No quería pensar en el destino que habrían tenido sus esposas, o sus hijas. No quería, pero lo descubrí de todos modos.

-Once generaciones de mi familia viviendo en Pulkath, en las afueras de Ghest. ¡Once generaciones! – decía un viejo – Y jamás se ha visto tal salvajada.

-Calla viejo, calla – dijo un hombre que tenía todo el aspecto de haber sido apaleado casi hasta el borde de la muerte – No sigas por favor – estaba cubierto de verdugones por todos lados, y su nariz estaba hecha papilla.

-Lo cierto es, que ahora ellas están en un lugar mejor – continuó el viejo – piénsalo de este modo. Ya no deberán sufrir mayores tormentos.

-¡Bestias! ¡Salvajes! ¡Animales! – gritó otro de ellos a los guardias que conducían el carromato -¡Son unos malditos salvajes!

-¡A callar! ¡Bastardos! – le injurió el guardia que escoltaba la caravana, metiendo la punta de la alabarda entre los barrotes - ¡Callada la boca! ¡O los apiolaré a todos!

El silencio brotó como agua bendita de la roca en el desierto. Bendito silencio. Ya no quería saber más acerca de esa guerra, ni de ninguna otra. Porque lo cierto es, que ya había tenido mi buena dosis de ellas en el Reino de Retvania, la tierra de los Príncipes Hechiceros. Allí, había sido testigo del horror que puede crear el poder mágico cuando cae en las manos equivocadas. El silencio era una bendición. Parecerá sorprendente para alguien que se gana la vida siendo músico, pero a veces, es preferible el silencio. Y yo, mi querido lector, había dejado mi Voz en otra tierra.

Pero ahorrándonos las pesarasas reminiscencias de un pasado ya distante, pasaré a contarles lo que aquí sucedió a continuación. Llegamos a una estación de postas, y, para mi sorpresa, nos dieron de beber agua limpia. Al menos, no nos querían muertos. "Por ahora" – recuerdo que dijo uno

de los prisioneros, como respondiendo a mis pensamientos.

Era este un andrajoso jovenzuelo, de aparente belleza, pero de ojos gélidos y mirada perdida. No tendría ni veinte años, y había algo extraño en él. Algo que denotaba su experiencia. No sé qué fue lo que presentí, pero supe que aquel era un joven extraño, no un prisionero común y cualquiera. Lo miré fijamente, sostuve la mirada en esos ojos que parecían saberlo todo y el joven sonrió. Me guiño un ojo, y en ese momento, se oyó un sonoro "clic" y las esposas del joven de aspecto sabio cayeron con un tintineo.

Comenzó entonces algo que recordaré por el resto de mis días. De los bosques llegaron, traídos por el viento, como hojas de otoño arrastradas hacia la vera del arrollo. Silenciosos, letales, invisibles. Los gritos de los guardias me lo advirtieron y la lucha estalló en un instante. Una saeta pasó silbando amenazadora junto a mi oído. Los soldados de la armada se defendieron todo lo que pudieron, pero no eran rivales para los cuatro hombres encapuchados, vestidos de negro y escarlata.

Sucedió entonces que el joven que se había zafado de las esposas respiró profundamente, se puso de pie dentro del jaulón y al instante, la jaula estalló. O más bien eso me pareció. Lo cierto es que la puerta de la jaula voló en pedazos. No pude ver que es lo que hizo el joven, pero estoy casi seguro de que fue él quien la destrozó, con sus manos desnudas.

Fuera, la lucha casi había concluido. El jovencito vociferó un par de órdenes en una lengua extranjera. La lengua de Andrade. Luego, se unió a lo que quedaba de la refriega. En tres rápidos movimientos, dejó fuera de combate a dos soldados, utilizando una combinación de patadas y empujones verdaderamente asombrosa. Instantes después, ya estaba armado con una alabarda, y en un parpadeo arremetió contra cuatro ballesteros que se habían atrincherado en el puesto de avanzada, junto a los corrales para los caballos. Jamás he visto otra cosa así.

-¿Estás bien? – una voz femenina, dulce y melodiosa. Una bella voz.

Volteé y vi asomándose por los barrotes de la jaula a uno de los encapuchados. "Una", en realidad. La única mujer del grupo que nos salvó. El resto de la soldadesca se había dispersado a los cuatro vientos y el joven que había destrozado la jaula ayudaba a los prisioneros a salir de ella. La dama encapuchada me miraba fijamente, como si me reconociera. Algo en sus ojos de color miel, me hizo pensar que, efectivamente, nos habíamos encontrado con anterioridad. Su mirada denotaba preocupación genuina. Alcancé a balbucear unas disculpas y acepté la ayuda para salir de mi cautiverio.

-Llegáis tarde – reprochó el joven en un acento extraño – Unos cuántos

días tarde.

-Perdona – se disculparon varios de los encapuchados. Eran cinco, no cuatro. Pero solo cinco habían derribado a un destacamento de Guardia de la Armada – Es que nos retrasamos en el paso fronterizo. Además, el pájaro perdió el norte y terminó en la atalaya septentrional. Tu mensaje tardó seis días en llegar.

-No importa – dijo el joven – Nos vamos. ¡Alondra! – Le dijo a la joven que me miraba de manera obsesiva - ¿Algún herido de gravedad?

-No, Segunda Espada – respondió la mujer de forma respetuosa y armoniosa – Nada serio. Les entregaremos unos vendajes y unos curativos, solo por si acaso.

Así se hizo. En segundos, los encapuchados entregaron suministros a los liberados y luego de unos instantes, el joven recibió de parte de otro de mis salvadores una túnica de rojo carmesí y negro azabache. Se vistió con los colores de los guerreros y se despidió de mí con un cabeceo. Ante mis ojos, pude ver transformación del infiltrado. No era un prisionero, en absoluto. Uno de los hombres se inclinó y le ofreció una espada extraña, curvada, empotrada en una vaina con patrones elegantes y de aspecto antiguo. El joven la recibió con premura, casi con cariño.

-Vámonos – ladró de improvisto.

Uno a uno, así como llegaron, los extraños se fueron. Algunos de los prisioneros huyeron también, pero otros, atónitos, apenas si alcanzaron a darles las gracias. La última en desaparecer fue la mujer, me rozó el hombro y me obsequió al pasar una bolsa con provisiones. No sin antes mirarme de manera misteriosa. Recordaría esa mirada por el resto de mis días.

...